MI VERANO

Por Leslie Díaz Monserrat
(leslie@vanguardia.cu)

¡Vacaciones!

Hace poco, una amiga, en tono jocoso, me decía que ya estaban por comenzar las temibles vacaciones. Una etapa en la que, sin dejar de trabajar, tendrá que batallar con sus dos pequeños, más activos que la temporada ciclónica. Llevarlos para su centro laboral siempre será una opción, aunque resulta muy difícil concentrarse, mientras los pequeñuelos acaban, literalmente, con su alrededor.

Como madres, vemos la etapa estival como un gran desafío; como niños, esperamos los meses de verano con ansias. Cuando pequeña contaba las horas para que terminara la escuela. Recuerdo que disfrutaba cada capítulo de *Los gatos samuráis* o mataperreaba por el barrio, porque en aquellos tiempos las tecnologías no nos ataban frente a ningún cuadrado de plástico y vidrio.

Mis chancletas se gastaban mientras jugaba por horas al pon. Las noches sin electricidad eran las que más disfrutaba, aunque resulte paradójico, porque se unían todos los chiquillos a jugar a los agarrados, mientras nuestras madres sacaban los chismes de debajo de una piedra y no había infidelidad, divorcio o casorio que se les escapara en más de 20 kilómetros a la redonda.

Antes de dormir, siempre hacíamos una ponina para comprar un pirulí. Aquel cilindro de azúcar pura daba tanta sed que no bastaba con un simple vaso de agua para saciarla.

Si por alguna casualidad se podía ver la novela, en mi casa se reunía medio barrio y nosotros, tirados en el piso, le seguíamos el hilo al culebrón de turno, mientras nos tapábamos los

martirena

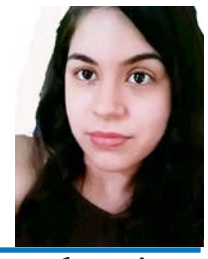
ojos en las escenas picantes. Entonces, abríamos un poco los dedos que fingían cubrirlos para poder disfrutar de lo prohibido: el interminable beso de los protagonistas.

No faltaba un chancletazo cuando nos agarraban en el acto, y en ese momento salíamos disparados para el portal y nos poníamos a bailar hula hula. En ese entonces no pensaba ni 50 libras y nada podía hacerme engordar; una frustración que atormentaba a mi abuela.

Seguramente, también mi vieja se persignaba cuando empezaban las temibles vacaciones y yo andaba revoloteando por toda la casa, siempre aburrida, con hambre y una intensidad para la que no se habían inventado escalas.

martirena

¿Quién paga los platos rotos?



Por Yaisa Beatriz Coronado Gutierrez
(yaisa@vanguardia.cu)

Dietas milagrosas para perder 10 kilos en una semana, muertes de celebridades en trágicos accidentes de tránsito y enfermedades misteriosas parecen ser tópicos sin aparente relación. Entonces, abres Facebook y comienzan a aparecer publicaciones de este tipo con mil signos de urgencia y de último minuto.

Una parte de los usuarios aprendieron a ignorar estos anuncios, a sabiendas de que el enlace puede traerles desde un virus hasta una información basura. Este ejemplo constituye uno de los casos más perceptibles de la desinformación en redes, pero existen otros mucho más sutiles.

Ante cualquier duda, las personas suelen preguntar en Google o buscar rápido un tutorial de YouTube. Muchas veces allí tampoco encuentran información fidedigna.

No se puede hacer caso a todo lo que se lee en las redes. Por otro lado, permitir que estas plataformas se llenen de información que incita al odio, suicidio e infinidad de teorías de conspiración tampoco ayuda a la sociedad.

Las noticias falsas no solo confunden al público, sino que generan un clima de miedo y desconfianza. Un fenómeno que va más allá de una confusión momentánea, pues sientan las bases para un futuro donde la verdad se vuelve un concepto difuso y manipulable.

Luego del escándalo relacionado con el uso de los datos personales de los usuarios, Mark Zuckerberg necesitó reconsiderar la posición de Facebook sobre «compartir todo con todos». Contrató miles de personas para labores de moderación, modificó los algoritmos y llegó a construir un Consejo Asesor de Contenidos.

En el momento en que un asesor determina qué contenido puede o no circular, la plataforma deja de ser un mero canal por donde circula la información. ¿No asume en este caso la red social cierta responsabilidad para retirar todos los contenidos que difundan información falsa?

La respuesta, como casi siempre en el mundo digital, depende de las regulaciones propias del país en el que se revise la legislación. Durante muchos años, Internet fue percibido como ajeno a la realidad física y los derechos del espacio físico tardaron en aplicarse al entorno digital.

Tampoco puede culparse de todo a las plataformas; su objetivo no es informar, sino que la gente consuma adictivamente sus contenidos y los comparta. Los usuarios, que ganan dinero con altos números de vistas, saben esto y no hay forma más fácil de atraer personas que con informaciones escandalosas.

En la actualidad, recibimos contenidos en nuestros teléfonos más rápido de lo que se pueden procesar. Si ofrecen su mirada de la realidad, muchas personas los comparten sin pensar.

¿Qué tan peligroso es un solo clic? Bastante si tenemos en cuenta que la desinformación se nutre de los vacíos informativos y los momentos de incertidumbre o crisis, que no faltan en el mundo actual.

Desde el punto de vista legal puede ser más complicado de probar, pero socialmente todas las partes involucradas tienen su dosis de responsabilidad. Discernir entre lo que es o no real nunca ha sido más complicado; un reconocimiento especial a las inteligencias artificiales por esto, pero resulta necesario un momento de reflexión antes de dar compartir o comentar.

A la moda

Por Idalia Vázquez Zerquera
(idalia@vanguardia.cu)

La moda —del francés *mode* y del latín *modus* 'modo, medida'— incluye, en su concepto más simple, un conjunto de prendas de vestir, adornos y complementos basados en gustos, usos y costumbres, que son utilizados por una mayoría durante un período de tiempo determinado y pueden o no marcar una tendencia.

Actualmente, estar a la moda no resulta nada fácil, pues los precios rozan las alturas. No obstante, los más jóvenes no renuncian a sentirse a gusto con las corrientes actuales, aun cuando ello exija el sacrificio de los padres, mucho más si sus hijos transitan por la etapa de la adolescencia.

El corte del cabello y el tratamiento para su laciado o encrespamiento, tatuajes y uñas postizas, acompañan la estética en la contemporaneidad.

Si en los tiempos de nuestros ancestros los *piercings* en la nariz y otras partes del cuerpo no eran bienvenidos, ahora se convierten en un accesorio presente en ambos sexos. También resulta habitual encontrar en la calle a los muchachos con gorras al estilo de Enrique Iglesias.

Años atrás, los pantalones estrechos obligaban a utilizar técnicas increíbles para introducir las piernas; sin embargo, ahora retornan los acampanados, como un ciclo sin fin.

Aun cuando vivimos en el trópico y las temperaturas propias del verano nos hacen sudar la gota gorda, nadie se resiste a «lo que se usa».

Por estos días, ante el calor imperante, decidí sentarme en uno de los bancos del parque Leoncio Vidal, donde compartí con personas de la tercera edad.

Precisamente en ese momento, estudiantes del preuniversitario Osvaldo Herrera, ataviados con el uniforme propio de esa enseñanza, se paseaban por la antigua plaza al concluir la sesión de la mañana.

Los abuelos quedaron sorprendidos al observar que algunos de ellos llevaban pantalones a la cadera, rasantes al piso, que en la mayoría de los casos dejaban ver la ropa interior.

Otros, a pesar del calor, vestían con enguatadas y abrigos con capucha y gorro, que a duras penas dejaban ver el rostro; mientras, la mayoría de las muchachas calzaba botines altos.

Tras el paso de los educandos comenzaron los comentarios de quienes ya peinan canas, al recordar sus años mozos y otras maneras de vestir que ya pasaron de moda.

martirena

Quizás olvidaron que en su juventud querían imitar a los integrantes de Los Beatles, con melenas al estilo de las agrupaciones musicales de la época, y que las muchachas usaban minifaldas, también cuestionadas por quienes en esos años ya no disfrutaban de la lozanía de los tiempos juveniles.

La moda es la moda; sin embargo, no siempre sus tendencias se ajustan al clima cálido de la mayor de las Antillas, caracterizado por inviernos casi imperceptibles y veranos en extremo sofocantes, que exigen el uso de prendas ligeras.

Pero cuidado con las tendencias, no vaya a ser que, en lugar de agradar, hagamos el ridículo al intentar imitar y usar una vestimenta incompatible con nuestro entorno y clima.